

## **CAPÍTULO NOVENO:**

### **EL MISTERIO DE STIGE**

El caza de Sanui se movía guiado por la voluntad de algún otro. Sanui se había abandonado a la meditación, comprendiendo que no podría sacar la nave de ese aprieto. Además, otro rayo tractor del mismo planeta había capturado a uno de los cazas TIE, que Sanui aseguraría que era el de Hoox. Tal vez quienquiera que controlase los rayos tractores podría no ser un enemigo. Sanui decidió que lo mejor era esperar y obtener más información antes de tomar medidas. Recurriría a la diplomacia.

El caza se acercó al satélite y entró a través de un cráter. El rayo tractor estaba muy bien programado y permitía que el caza tomase curvas muy extrañas y cerradas, en un túnel que era casi demasiado estrecho para que pasase.

Sanui meditaba sin ignorar el entorno directo. Se fijó en los túneles y los fue memorizando; tal vez tuviese que escapar por allí. Sin embargo, utilizó a la vez la Fuerza para relajarse.

Llegado el momento, el caza entró en un extraño edificio de donde venía el rayo tractor; Sanui podía ver la inmensa máquina del rayo y a varias personas operándola. La cámara estaba increíblemente limpia y perfectamente preparada, casi como si la hubiesen esterilizado. Las baldosas brillaban, al igual que las paredes y el techo. Incluso los terminales y computadores estaban relucientes. Las batas de los operarios, todo... Sin duda, el caza de Sanui estaba dando la nota, lleno de porquería y con la pintura verde y amarilla apagada y rota.

¿Quiénes serán estos fanáticos de la higiene?, se preguntaba Sanui. Pensaba, sin embargo, que no tardaría en averiguarlo.

El caza se posó suavemente en un pequeño hangar. Los operarios se mantenían, impasibles, a una distancia prudente que a Sanui le parecía demasiado pequeña para que no sufrieran daño. Pero los vapores desprendidos por el caza no llegaron a rozarles, y ni siquiera se movían sus ropas por efecto del aire. Sin duda, el rayo tractor hacía las veces de campo de fuerza alrededor del caza.

Cuando el aterrizaje hubo terminado, los operarios se acercaron al caza. Obviamente, esperaban que el piloto saliese.

Sanui seguía sintiendo curiosidad por sus intenciones, y además no habían tomado ninguna medida que se pudiera

considerar hostil; de hecho, le habían salvado el pellejo. Aunque seguía sin tener ni idea de dónde estaba, decidió darles a estos habitantes del asteroide el beneficio de la duda.

Sanui presionó el botón para abrir la carlinga del caza. Ésta gruñó un instante y después se movió con un chirrido. Sanui tuvo que hacer una mueca, pero los habitantes del asteroide seguían impertérritos.

Sanui se sacó el casco, se puso la capucha sobre la cabeza, y descendió por la escalera. Su rostro quedaba semioculto, no estaba de más jugar con cierta ventaja. Así, en este estado de cuasi anonimato, Sanui observó a los habitantes del asteroide.

Eran dos hombres y una mujer. Los tres vestían con monos del mismo diseño, sencillo y práctico, pero los llevaban como si fuesen ropas de calle. Los hombres vestían monos de un verde llamativo, mientras que la mujer utilizaba un tono naranja también muy vivo.

Los dos hombres eran muy parecidos, aunque uno de ellos era bastante más joven que el otro. Ambos tenían el cabello castaño en un peinado clásico que Sanui sólo creía posible usando métodos más avanzados que un peine. La mujer tenía el cabello rubio, una hermosa melena larga y ondeante. Los tres rostros tenían la misma expresión de felicidad necia que Sanui se había acostumbrado a no encontrar en una galaxia en guerra.

Cada uno parecía llevar una joya rojiza incrustada en mitad de su frente.

La mujer dio un paso al frente.

-Saludos, visitante de otro planeta -dijo la mujer, parpadeando varias veces mientras mantenía su sonrisa-. Te damos la bienvenida a la colonia de Stige.

Sanui se sorprendió un poco, puesto que esperaba más bien un ataque.

-Eh... Saludos -dijo Sanui.

-Mi nombre es Fliz -dijo el mayor de los dos hombres. Señaló entonces a la mujer-. Ella es mi esposa, Fliza, y éste es nuestro hijo Flici.

-Yo soy Sanui -fue la única respuesta que obtuvieron.

-Saludos, Sanui -dijo Fliza.

-Saludos, Sanui -repitió Flici.

-Saludos, Sanui -dijo Fliz-. Es probable que te preguntes porqué hemos utilizado nuestro rayo tractor sobre tu nave.

-Se me pasó por la cabeza -admitió Sanui, que no aguantaba su curiosidad.

-Por favor, acompáñanos en un paseo por nuestra colonia -dijo Fliza-. Te explicaremos nuestros motivos, y te llevaremos ante nuestros superiores.

Aquí es donde se ve si realmente les doy el beneficio de la duda, pensó Sanui. Confiando en la buena voluntad de quien todavía no le había hecho nada, aceptó.

Sanui siguió la familia Fliz hacia el interior de un vehículo redondo de cinco plazas. El hemisferio inferior del vehículo era transparente, así que desde el exterior se podían ver los pies de los ocupantes. Fliza se sentó ante los mandos, con Flici a su lado; Sanui iba detrás, al lado de Fliz.

-Preparados para la inversión polar -dijo Fliza, sonriendo.

-¿Para qué? -preguntó Sanui.

De pronto, el vehículo giró ciento ochenta grados sobre sí mismo, quedando invertido. Los asientos se mantenían en su sitio, pero Sanui empezaba a sentir angustia.

-Espero que la inversión polar no te haya molestado, Sanui -dijo Fliz.

-No, para nada -dijo Sanui mientras utilizaba técnicas de relajación de la Fuerza.

El vehículo arrancó, moviéndose por un sistema de repulsores que Sanui no podía ver: Era una esfera perfecta, ocupada en su totalidad por el habitáculo. No cabía un motor en ningún lugar.

Fliz le señaló el exterior para que se fijase en una zona industrializada, llena de fábricas que no parecían contaminar. El cielo, sin embargo, brillaba por su ausencia, y parecía que hubiese un inmenso domo protector.

-Nuestra colonia -explicó Fliz- es todo lo que queda del antiguo planeta Stige. Hace más de treinta mil años, los stigianos colonizaron este pequeño asteroide para convertirlo en un centro industrial. Una catástrofe natural destruyó el planeta Stige y la colonia Stige-1, a partir de entonces sólo Stige, fue su único descendiente.

"En treinta mil años, hemos creado una tecnología muy avanzada para poder sobrevivir en este asteroide. Nuestros avances en campos como la medicina o la robótica han sido incomparables. Hemos perdido, sin embargo, la tecnología del viaje interestelar debido a un triste incidente histórico, nuestra única guerra en trescientos siglos.

El vehículo alcanzó una pequeña urbanización de casas en lo que parecían los suburbios de una ciudad, y elevó su altura para no colisionar. Las casas eran todas preciosas, todas distintas pero siempre dentro de los mismos cánones; era la clase de casa donde a Sanui le gustaría vivir después de la guerra. Sanui pudo ver a algunas personas caminando sonrientes por el espacio entre las casas.

-Hemos estado viviendo en lugares como éste durante varios milenios -explicó Fliz-. Se ha alcanzado en nuestra sociedad un estado de felicidad. Cada ciudadano es importante en las decisiones políticas, sociales y militares, pero seguimos teniendo representantes.

Sanui se sorprendía cada vez más. La sociedad de Stige rozaba la perfección.

El vehículo superó los suburbios y se acercó a una zona urbanizada. Los edificios estaban construidos siguiendo una arquitectura clásica y elegante. La gente que caminaba entre esos edificios también parecía feliz.

-Es a ellos a quienes deseamos que veas -dijo Fliz-. A nuestros representantes. Después de una larga discusión, se ha alcanzado un acuerdo según el cual Stige ha decidido revelarse a la galaxia para compartir nuestros conocimientos científicos con lo que hemos oído que se llama Nueva República.

-No sé si podréis lograrlo -dijo Sanui-. Estamos en el sector Junagadh, que no pertenece a la Nueva República, sino que está bajo el control de un tirano militar llamado Hoox. Dudo que él os permita escapar.

-Nuestros científicos desean estudiar el hipermotor de tu caza -dijo Fliz-. Si das tu aprobación, por supuesto. Si logran reproducirlo, y no dudo que lo lograrán, podremos enviar una nave con un representante al sector Seswenna antes de que Hoox se dé cuenta.

-Un plan algo arriesgado -dijo Sanui-. De todos modos, ¿cómo conocéis el sector Seswenna? Si estáis aislados, quiero decir...

-No tenemos viaje interestelar -explicó Fliz-, pero podemos recibir las transmisiones que se envían en los planetas cercanos. Hay mucho que no sabemos, pero...

-Bien -dijo Sanui.

-Observo que te has fijado en los pequeños adornos que llevamos en nuestras frentes -dijo Fliz.

-Sí, siento curiosidad -dijo Sanui-. ¿Cumplen algún tipo de función?

-Son nuestra identificación -explicó Fliz-. Cada uno lleva en su interior un código que identifica a un individuo. Sirve para abrir la puerta de nuestro domicilio particular, para solicitar un empleo, para pasar una frontera... Además, los consideramos estéticamente agradables.

-¿Son fijos? -preguntó Sanui.

-¿Perdón? -dijo Fliz.

-¿Se pueden... quitar? -Sanui reformuló la pregunta.

-¡Oh! -dijo Fliz, sonriendo-. Por supuesto.

Fliz llevó sus dedos a la joya de su frente y, sin ningún esfuerzo, la extrajo. Su frente era perfectamente uniforme, excepto que la parte donde había estado la joya era de un color un poco distinto. Fliz ofreció la joya a Sanui para que la examinase.

Sanui pasó sus dedos enguantados por encima de la joya. No observó imperfecciones; parecía una joya normal. Ni siquiera había una parte adhesiva para pegarla a la frente.

-¿Cómo se sostiene? -preguntó Sanui.

-Se mantiene en su sitio con el calor y el sudor -dijo Fliz-. Tiene que ver con el dispositivo de información que hay dentro.

Sanui le devolvió la joya a Fliz.

-Gracias -dijo.

-De nada.

-Estamos a punto de llegar -dijo Fliza.

El vehículo se detuvo y volvió a dar la vuelta. En momentos como ése, Sanui lamentaba que la máscara le impidiese vomitar.

Todos los ocupantes del vehículo bajaron. Estaban a la entrada de un imponente edificio con estatuas a los lados de la puerta. Una de las estatuas pertenecía a un humano al que Sanui no reconocía; el otro pertenecía a una raza alienígena que Sanui también desconocía.

-Por favor, ven por aquí -dijo Fliza, guiando a Sanui-. Mientras tanto, mi esposo y mi hijo volverán a sus respectivos trabajos.

Flici y Fliz, éste aún con la joya en la mano, volvieron a entrar en el vehículo y se marcharon. Mientras, Fliza guió a Sanui por un pasillo, cruzándose con más gente sonriente, hasta una puerta grande. Abrió la puerta e hizo entrar a Sanui.

-Nuestro representante te recibirá en seguida -dijo Fliza- Ya ha sido informado de tu llegada. Sólo tiene que acabar con el asunto que le ocupa en este instante. Será cuestión de un par de minutos.

Fliza hizo un gesto para cerrar la puerta.

-¿Te vas? -preguntó Sanui.

-Debo volver a mi trabajo -dijo Fliza-. No quiero ausentarme mucho tiempo. Te veré esta noche.

-De acuerdo -dijo Sanui.

En otro complejo subterráneo, el caza TIE de Hoox aterrizó en circunstancias similares. Cuatro sujetos sonrientes le esperaban, todos ellos varones con monos verdes.

Sin embargo, a diferencia de Sanui, Hoox optó por una aproximación más agresiva. Antes de dar el beneficio de la duda a nadie, utilizó sus poderes de la Fuerza para entrar en las mentes de sus anfitriones.

Lo que encontró le sorprendió ligeramente. Se acarició con un dedo la zona del casco que le cubría la barbilla mientras, en su mente, repasaba las opciones.

-Vaya, vaya, vaya... -murmuraba.

Las personas de fuera miraron su caza. Hoox se dio cuenta de lo grosero que sería hacerles esperar más, una falta de etiqueta que costaría compensar más tarde. Abrió la escotilla del caza, subió a pulso y bajó de un salto.

Uno de los sonrientes se acercó a él. Hoox observó al humano y le escuchó.

-Saludos, visitante de otro planeta. Te damos la bienvenida a la colonia de Stige. Soy Bip.

-Eras Bip, inútil -dijo Hoox.

Impulsado por el poder de la Fuerza, Bip fue catapultado

hacia atrás y chocó con sus tres compañeros. Los cuatro cayeron al suelo, y por primera vez dejaron de sonreír. Uno de ellos quedó inconsciente

-¿Por qué has hecho eso? -preguntó otro de los que habían permanecido callados hasta entonces.

-Sí -dijo Bip-. La colonia de Stige desea incorporarse a la comunidad galáctica, y a tu sector, si es que eres Hoox. ¿Cuál es el problema?

-El problema -dijo Hoox, caminando con su rostro oculto bajo el casco- es que es mentira.

-No lo es -dijo otro.

-Puedo entrar en vuestras débiles mentes -dijo Hoox-. No podéis ocultarme nada.

Los tres habitantes de Stige que retenían consciencia se miraron unos a otros desde el suelo. Bip fue el primero en hablar.

-¡Cogedle!

El que estaba más cerca de Hoox intentó saltar sobre él, pero éste utilizó un movimiento brusco, y su rival volvió a caer al suelo, esta vez boca abajo. Otro de los sujetos intentó golpear a Hoox, sólo para descubrir que Hoox le podía pegar un puñetazo prácticamente sin mirar. Bip seguía en el suelo, con el hombre inconsciente.

Los otros dos, después de esperar un instante para recuperarse, corrieron a por Hoox, uno por cada lado. Uno de ellos saltó al acercarse a Hoox, y el otro se deslizó por el suelo, para que no tuviera escapatoria.

Hoox sacó su sable de luz y el filo amarillo se encendió con un venenoso zumbido. Hizo un movimiento rápido a cada lado y los dos cayeron muertos. Entonces, devolvió su atención a Bip.

-Planeabais lavarme el cerebro y hacerme trabajar -afirmó más que dijo Hoox-. O matarme, si resultaba ser una amenaza. Pues tengo noticias: Soy una amenaza. Intentad matarme.

Desde el suelo, Bip le dio una patada a Hoox en la mano. El sable de luz voló por el aire. Hoox miró en la dirección en que había salido su arma y, de pronto, ésta se detuvo en seco en mitad del aire y volvió a la mano de Hoox.

Bip aprovechó ese instante para golpear a Hoox en el vientre y en el casco. Hoox encajó ambos golpes con cierta dignidad, y reaccionó moviendo rápidamente su brazo para golpear a Bip. El stigiano cayó al suelo y se deslizó un par de metros.

Entonces, el suelo bajo Bip se convirtió en un ascensor y bajó rápidamente.

-¿Qué...? -dijo Hoox.

Durante un instante, se fijó en algo que había caído al suelo durante el altercado: La joya que Bip llevaba en la frente.

Pero entonces, algo más prioritario atrajo su atención.

Lo que Hoox había tomado por sencilla maquinaria inofensiva, por algo parecido a un monitor de análisis con un gráfico redondo, resultó ser un arma. Del monitor surgió un rayo láser con gran potencia dirigido al caza TIE de Hoox. Un único impacto voló en pedazos la vía de salida del imperial, y fragmentos incandescentes cayeron a su alrededor, aquí un pedazo de motor de iones, allí un fragmento de cañón láser...

Se sacó el casco. No parecía lamentar en absoluto el infierno que había ante él. Sabiendo que le estaban vigilando, Hoox habló a sus presuntos captores.

-Me habéis encerrado... con vosotros -dijo, sonriendo como un depredador ante su presa.

El vehículo redondo de la familia Fliz se detuvo delante de un edificio de aspecto bastante anodino y vulgar. Se llevó a cabo la curiosa inversión polar y el conductor, Flici, salió del vehículo.

Fliz seguía dentro. Era incapaz de mantenerse erguido y, con los ojos desorbitados y la mirada perdida, babeaba sobre el suelo. Sostenía la joya en una de sus manos.

Flici se acercó al edificio y se dirigió a dos alienígenas que custodiaban en la puerta. Ninguno de los alienígenas tenía aspecto humano, ni siquiera humanoide. Parecían más bien inmensos insectos, mayores que cualquier ser humano.

-Se ha quitado la joya -les explicó Flici, sin ningún rastro de emoción.

-¿Está muerto? -preguntó uno de los alienígenas.

-No lo creo -dijo Flici-. Todavía no, quiero decir.

-No tiene importancia -dijo el otro alienígena-. Sabíamos que esto pasaría. Sabíamos que las joyas despertarían la curiosidad de los intrusos. Sólo ganaríamos su confianza si un sujeto prescindible se la quitase voluntariamente.

Uno de los alienígenas avanzó hacia el vehículo, y el otro le siguió.

En la pequeña sala donde esperaba Sanui, al cabo de cinco largos minutos, se abrió una puerta distinta a la que Sanui había usado para entrar.

-El representante -pensó Sanui.

Sanui pudo observar que el pomo estaba siendo operado por un tentáculo.

**Fin del noveno capítulo**

## CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez para [www.loresdelsith.net](http://www.loresdelsith.net) y [www.sithnet.com](http://www.sithnet.com)

Para contactar con los autores escribe a: [in\\_nomine\\_stellaris@hotmail.com](mailto:in_nomine_stellaris@hotmail.com)

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.